tro melancólico, su cráneo puntiagudo y su joroba de amante de pesadilla. Ahora, examinando este peregrino estado anímico, comprendo las dislocaciones imaginativas de esos artistas enfermizos, cantores del otoño, apologistas de la noche y del silencio, enamorados sempiternos de la nostalgia, el dolor y la muerte, que sólo saben pintar vírgenes cavilosas y pálidas, sobre un horizonte de color violeta.

A estas diversas impresiones podría añadir como factor importante en el génesis de lo que voy refiriendo, un hecho concreto.

Una de las últimas noches de Octubre y á hora avanzada, íbamos el marqués de Lágaro y yo en coche por la calle del Príncipe: yo soñaba con los ojos abiertos; Paco, bien me acuerdo, callaba también, la mirada fija en la blanca ceniza de su cigarro puro: el caballo caminaba al paso. De repente, la silueta de una mujer, una pobre buscona parada en la esquina de la calle Visitación, atrajo mi curiosidad y, creyendo reconocerla, volví la cabeza. Ella sabiéndose observada, miró á otra parte. Iba vestida miserablemente; sobre el mantón negro, en la penumbra de un pañuelo muy echado á la cara, aparecía su semblante empalidecido por el sueño y el hambre. Llamé la atención de Narbona dándole un codazo.

—¿Conoces á esa mujer? —pregunté.

El miró distraído.

—No...

—¿No es Felipa?... Felipa, la mujer de Tiburcio, el sastre...

De pronto recordé: Felipa era conocida de Teodora y de Joaquín Antón; estuvo casada con un libertino, jugador y borracho, que la maltrataba: Tiburcio había muerto; ella, tal vez, viéndose en la miseria y con los ojos secos de tanto llorar, se prostituyó para dar á sus hijos casa y pan. Por mi memoria pasaron, formando negro cortejo, mis días de miseria: la generosidad del mozo del café San Mateo, mis desventurados amores con Perico Francos... Sin pedirle permiso á Narbona, ordené al cochero que detuviese el vehículo. y llamé á Felipa con la mano. La pobre mujer, asombrada, interrogóme con un gesto si era á ella á quien mi indicación iba dirigida, y como mi respuesta fuese afirmativa, se acercó. Era joven aún.

—¿Qué desea usted?—dijo.

—¿No es usted—repuse—la esposa ó la viuda de Tiburcio, el sastre?

Las mejillas de Felipa se colorearon con el carmín de la vergüenza ó de la sorpresa.

—Sí, señora. ¿Quién es usted?

—Yo... una... otra desgraciada como usted... una cualquiera... que la conoció á usted cuando no estaba usted tan caída...

Eché mano al manguito donde llevaba un bolsillo de plata y saqué de él quince pesetas.

—Tome usted—dije.

—¿Por qué, señora?...

Y extendía hacia mi obsequio sus dedos flacos.

—Porque... porque sí — repuse; — porque fué usted buena... y deseo que esta noche se acueste usted temprano.

Mi coche prosiguió su camino, el caballo avanzaba al trote largo, yo cerraba los párpados bañando mi alma en el subidísimo júbilo de mi buena acción...

Al siguiente día por la tarde, Cristóbal Soto fué á verme; yo estaba sola y le guié al gabinete del piano: á la claridad cobarde de aquel crepúsculo otoñal, su semblante me pareció más triste; la expresión de sus grandes ojos pardos, era dolorosa como una súplica.

—¿Está usted enfermo?—pregunté.

—No, señora.

—¡Bah!... ¿Por qué me llama usted así?... «Señora»... Quiero que me llame usted Isabel... Isabel nada más, como todo el mundo. No permito que, á mi lado, sea usted menos que nadie.

El jorobadito mudó de color y miró al suelo. Seguí hablándole cariñosamente, sintiendo desbordar de mi alma hacia él, piedad infinita. Le referí mi limosna de la víspera; Soto, que sabía escuchar muy bien, oyó mi relación con recogimiento místico.

—Esa acción—dijo—es muy hermosa.

Y añadió tras un rato de silencio.

—Es usted muy buena.

—¿Lo cree usted sinceramente?

—Sí, señora.

Yo rectifiqué.

—Sí, Isabel... llámeme usted así: es lo convenido.

—Tiene usted razón; bien... Es usted muy buena... ¡buenísima!

Iba á decir algo más, pero se contuvo: yo, presumiéndolo, añadí:

—¿Nada más que buena?

—Buena, sí... buena y guapa.

Era la primera vez que, forzado más por la galantería que por el amor, se propasaba á elogiar mi belleza. Y continué gozando esa refinada voluptuosidad que los viejos gastados disfrutan violando el candor de las almas tempranas:

—Nunca había celebrado usted mi hermosura. ¿Por qué?

Soto callaba.

—¿Acaso—proseguí—no había usted reparado en ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Muchas veces.

—¿A qué debo achacar, pues, tanto comedimiento y reserva?

En el cenit ó pináculo de la confusión se encogió de hombros, sin sospechar que aquel movimiento aumentaba la ridiculez de su triste figura.

—Jamás me atreví—balbuceó;—temía ofenderla... Es raro, pero... lo confesaré: me da usted miedo...

Lejos de reir di á mi semblante expresión firme de severidad y nobleza, indicando comprender todo el apasionado interés de aquella revelación.

—Cualquiera diría—exclamé luego de reflexionar—que estaba usted enamorado de mí.

Me levanté saliendo del gabinete para volver un momento después con mi muñeca: mi falda de seda y la cola de mi elegante bata de encajes, barrían la alfombra con un *fru-frú* que llenaba la amplitud silenciosa del gabinete.

—Aquí tiene usted á mi hija—murmuré pensativa;—es de cartón, y no obstante, creo quererla con toda mi alma.

Estreché á la muñeca contra mi pecho, besando apasionadamente su cabecita de cabellos rizados: un leve temblorcillo doliente empañaba el timbre de mi voz.

—Tiene usted razón—dije;—soy bueda; únicamente necesito el cariño de un hijo... ó un amor cualquiera, pero grande... para ser santa. Además... yo creo que sólo en las mujeres de mi temple, pueden engendrarse hombres de talento.

En estos juegos de seducción y conquista, las mujeres somos verdaderas actrices: el hombre es nuestro público; para rendirle apelamos á todas las coqueterías de la mirada, á todas las inflexiones insinuantes de la voz, á todas las languideces voluptuosas de la actitud. Si yo fuese novelista, tendría derecho á decir que, en momentos tales, Cristóbal Soto sentía esto ó lo otro, y los recuerdos ó deseos que por su conturbado ánimo rebrincaban; mas como no he de entrometerme descaradamente en tan difícil profesión, me limitaré á describir todos los sujetos y paisajes á través de mi temperamento, sin realizar esos cambios de punto de vista ó de escenario, que tanto reaniman y embellecen la narración. Por tanto, sólo diré que el jorobadito estaba pendiente de mis labios, á merced mía, bañando su alma en la caricia exquisita de mi ademán y de mis palabras, y que yo misma era arrastrada hacia él por el prurito, algo romántico tal vez, de probarle por modo inconcuso y vario, mi inagotable misericordia.

—Cristóbal—dije;—estoy triste; ¿quiere usted distraerme tocando el piano?

Se levantó con movimientos de autómata, deslizando silenciosamente sobre la alfombra carmesí sus largos pies, y fué á sentarse ante el teclado, volviéndome su pobre espalda reinciente y jibosa. Permanecí sobre el diván, estrechando la muñeca entre mis brazos, alargando las piernas en un movimiento espansivo de perezosa laxitud.

Las penumbras del atardecer invadían el gabinete y aquella obscuridad aflojaba mis músculos; la imaginación se entrega-

ba á una serie de interrogaciones sin término. Yo era buena; lo fuí para cuantos llegaron á mí: unas veces por capricho, otras por interesado cálculo, de todos mis amadores fué la belleza satinada de mi cuerpo, de mis amigas las heroicas abnegaciones de mi alma: desde hacia mucho tiempo Soto me amaba, ¿por qué no ser buena también para él?... Los acordes del piano llegaban acariciándome la carne como patas de insecto, pellizcando mis recuerdos, remembranzas alegres ó tristes que se desperezaban en la noche de mi conciencia como viejos muertos que levantasen hacia el cielo sus brazos aterídos: Soto, con su cráneo anguloso y su cuerpo deshecho, encaramado sobre la banqueta del piano, parecía un gnomo, uno de esos espíritus quiméritos que oprimen nuestro corazón en las pesadillas y lloran por las noches en los muros que se agrietan. Cristóbal era feo... ¿y qué?... ¡Acaso la fealdad y la belleza no son igualmente deleznables bajo la muerte? En compensación su alma respetuosa me amaba, y era noble y sana, porque aun no había vivido. La atracción de lo raro, que me poseyó con el ilusionista M. Robert, tornaba á apoderarse de mí: sería curioso, con emoción rebuscadora, dulce y triste, asistir al despertar de aquel espíritu que jamás amó ni fué amado: para mí, idolo primero de su fe, serían sus primeros juramentos, las oraciones mejores de su pasión; sobre mi cuerpo aprenderían sus dedos inocentes á conocer las proporciones de la belleza femenina, sus oídos conservarían siempre el timbre amadísimo de mi voz, mi recuerdo llenaría su historia, el calor de mi carne penetraría en sus huesos, conservándose allí, como un latido de juventud, hasta la muerte; y luego, cuando yo fuese vieja, él, hijo maldito de la felicidad, continuaría acordándose de mí, que le hice tan dichoso.

Las manos largas y pálidas de Cristóbal se crispaban sobre el teclado, transmitiendo á las cuerdas las vibraciones de su amor; la música era triste, muy triste... Yo pensé: las creaciones más excelsas del arte las inspiró el dolor; esta música agrada por las exquisiteces sentimentales de su melancolía; está enferma, gime y llora y nos habla de muerte, su pesadumbre va arrastrándose con jadeos agónicos de un compás á otro: ¿por qué la linea enferma y grotesca no había de producirnos emoción semejante? El estado de laxitud que yo misma sufría, ¿no asesoraba que para los espíritus fatigados el placer estético más intenso no está en la emoción robusta, pujante, genuinamente sana? El triste bosteza en el sainete, tiembla ante la amenaza de seguir con los pies el ritmo de una marcha militar, cierra los párpados en el campo bajo la claridad vigorosa del sol: la elegía, en cambio, el paisaje crepuscular de tonalidades obscuras, la música religiosa de lentos y apesarados acordes, donde todo movimiento y cadencia parecen extinguirse en el quietismo de un dolor reflexivo, llegarán á él sin lastimarle.

En estas razones, menos sutiles de lo que parecen, hallo yo la explicación de cómo mi alma no sabía enajenarse completamente, en la pasión del marqués de Lágaro: su alma, por sobradamente vigorosa, no fraternizaría jamás conmigo; me fatigaban su sed de goces, su anhelo de impresiones fuertes y nuevas; sus celos me herían; yo no podría nunca apoyarme en él sin ser arrastrada; su empuje era demasiado grande, nuestra comunión, por tanto, absurda y monstruosa: un gigante no sabría caminar llevando un niño de la mano. Narbona era el pasodoble marcial, el brindis valiente de la orgía, el brochazo rojo que deslumbra y aturde, el lingote de oro brillando como ascua al sol: yo necesitaba un amante más dulce, menos brusco; adorador obediente y lánguido, que no supiera llegar á mí sin una súplica. Cristóbal Soto, llorando sobre el piano, respondía á mi pensamiento; mi alma herida sólo hallaría quietud en la posesión de su cuerpo pisoteado por la desgracia, sólo él, que estaba muy bajo, sabría acariciarme respetuosamente, sin dolor de mi carne: él tenía la seducción morbosa de la poesía elegíaca, el

misterio romántico de la mediatinta, la nostalgia, evocadora de recuerdos, de las melodías en tono menor...

Cuando el jorobado concluyó de tocar, giró sobre su banqueta, volviéndose hacia mí; yo permanecía reclinada en el diván, con mi muñeca entre los brazos: los muebles se abocetaban borrosamente en la sombra.

—¿Enciendo el quinqué?—preguntó Cristóbal.

Sin abrir los párpados, repuse:

—No.

Transcurrieron algunos minutos; Soto murmuró levantándose:

—Me voy; está usted cansada y el marqués no tardará.

—Paco—dije—no vendrá esta noche... y, si viene... será muy tarde.

Tras una pausa, sabiamente calculada, añadí:

—¿Está usted triste?

—¿Por qué, señora?

Y rectificó, temiendo disgustarme:

—¿Por qué esa pregunta, Isabel?

—Usted responda.

—Sí, es cierto... soy un desgraciado; siempre estoy triste.

—¿Muy triste?

—Mucho, sí... ¡Mucho!

Se interrumpió para suspirar.

—¡Yo, también!—exclamé.

Y proseguí:

—La melancolía ha improvisado más amantes que la verdadera pasión. Acérquese usted.... consolémonos. Usted es desgraciado porque no amó nunca; yo lo soy porque mi único cariño murió á manos del olvido que trae la distancia ingrata.

Se aproximó, alargando sus pies silenciosos y tímidos; con aquel andar pausado de hombre cohibido por la obsesión de parecer ridículo; y permaneció delante de mí, los brazos colgantes á lo largo del cuerpo, sin saber dónde colocar sus manos.

—Siéntese usted—dije.

Fué á coger una silla.

—No—exclamé interrumpiendo aquel delicado ademán,—aquí, en el diván, muy cerca...

Y cuando lo tuve á mi lado puse mis manos sobre sus hombros, sobre aquellos pobres hombros jamás acariciados.

—Me quieres—dije,—me quieres... lo sé... yo también te quiero...

Y su cuerpo grotesco y mi alma extraña se fusionaron, completándose en una conjunción caricaturesca.

Por la noche el marqués de Lágaro me halló poseída de un disgusto inexplicable para él. Hay días estúpidos que no merecían amanecer, así como los venturosos no debían tener ocaso. Aquel fué para mí de los primeros: mi benevolencia para con Cristóbal Soto, me horripilaba; yo, pagana por temperamento, amante idólatra de lo bello, ¿cómo pude entregarme gustosa á un adefesio? Fué un capricho monstruoso, un nervosismo repugnante, más incomprensible que el que lanzaba á las hermosas ninfas de la leyenda entre los brazos peludos de los sátiros, con pezuñas de cabra. Al día siguiente el jorobadito volvió á verme, y no le recibí, teniendo después la crueldad de asomarme al balcón para contemplarle en toda su fealdad bochornosa, deslizándose por las aceras como un bicho negro. En tardes sucesivas ocurrió lo mismo; á sus preguntas reiteradas, mi camarera respondía invariablemente:

—La señorita ha salido... y, probablemente no vendrá á cenar.

Yo escuchaba la conversación oculta tras un cortinaje del recibimiento; aquel era mi desagravio, mi venganza: la venganza de los poderosos que gozan despeñando á sus protegidos desde muy alto. Luego oía á Soto bajar la escalera lentamente, resoplando, sofocado por la pasión que le rugía dentro del pecho. Ni volví á recibirle ni respondí á sus cartas; así terminaron aquellos amores. Una vez que Cristóbal Soto y yo nos vimos en la calle frente á frente, el pobrecillo apenas se atrevió á saludarme; su buen juicio le había explicado que estaba mucho más separado de mí que antes. Esta discreción resignada me conmovió y sólo entonces pude perdornarle.

Si alguien llegase á leer estas *Memo-*

rias, seguramente me tildaría de mujer egoísta y calculadora: sus páginas, en efecto, van escritas friamente, con tranquilidad irónica, á ratos punzante y descortés. Pero, ¿acaso soy culpable de tanta sequedad?... No. Culpables serán los hombres que, burlándome por diversos modos, endurecieron mi corazón; el mundo mismo que, alimentándose de la mudanza y renovación eternas, siembra la ingratitud, acostumbrándonos desde muy temprano á despedirnos sin lágrimas de todas las cosas. Y, así me explico que, según envejecemos hablamos menos de nuestro pasado, pues la indiferencia es una especie de torre á la que vamos subiendo de año en año, y los individuos y los acontecimientos parecen tanto más pequeños y vulgares, cuanto más alto sea el punto de vista elegido por el observador. Muchas veces, viendo correr un chorro de agua sobre un trozo de mármol, admiré la dureza impenetrable de la piedra por cuyas moléculas brillantes todo resbala; las celdillas, en cambio, de los cuerpos porosos, siempre guardan algún resquicio de humedad: los corazones viejos son de mármol; exprimiéndoles entre el doble juego de cilindros de la misericordia y de la pasión, nos convenceremos de que no conservan jugo ninguno.

No hablo á humo de pajas ni por referencias, sí basándome en lo que la aheleada experiencia personal fué enseñándome. Soy joven y, sin embargo, á ratos tiemblo recordando la longevidad de mi historia: los hechos que integran la vida, son como los pies de una copiosa muchedumbre. A través de un campo tapizado de hierba, camina un ejército; los pelotones avanzan unos tras otros, el daño causado por la primera bota lo continúa la segunda y lo aseguran y ratifican cuantas van detrás, llevándose todas en la suela un poco de verdor; y, luego, cuando los batallones pasaron el campo queda polvoriento y mondo, formando una especie de camino que sigue al ejército hacia el horizonte: así pasan las pesadumbres sobre el jardín donde las almas juveniles crían los verdes herbazales de la esperanza, las flores rojas de la ilusión y del contento: tras la humanidad en marcha, como bajo los cascos del caballo de Atila, los jugos de la vida no vuelven á correr. Este desfile incesante lo atropella todo, lo borra todo...

Mis recuerdos huyen: muchas veces, mirando desde mis balcones la multitud dominguera que va á los toros, ó visitando los portales de las fotografías donde la luz inmovilizó sobre el papel rostros varios de individuos que parecen observar al visitante, me pregunto: «¿Cuántos de estos hombres habrán sido amantes míos durante el corto espacio de una noche?»

La fatiga de estas menudas decepciones pusieron en mi voluntad el propósito de volver á mi pueblo para descansar entre los míos una corta temporada. De ello hablé con el marqués de Lágaro; Paco Narbona accedió á mis deseos y al día siguiente, por la tarde, me acompañó á la estación, donde me entregó setecientas pesetas. Yo, emocionada por su generosidad y el cariño respetuoso con que me habló de mi madre, le abracé conmovida, prometiéndole regresar á Madrid antes de quince días.

Mi hermana Milagro y mi madre, avisadas oportunamente de mi viaje, habían salido á esperarme junto al mesón donde paran las diligencias que van de Sevilla.

¿Cómo narrar las esquisitas emociones de aquella jornada?

Una hora antes de llegar á la eternamente poética capital andaluza, me asomé á la ventanilla de mi vagón para abismarme en la contemplación de la Giralda, cuya silueta inolvidable no veía desde hacía doce ó trece años; y según el tren avanzaba hacia la vieja estación que llaman de Córdoba, los queridos recuerdos de mi niñez despertaban ante el cielo siempre azul de la andaluza región, y bajo las caricias de la brisa que me traía perfumes de flores cogidas en la infancia: á un lado y otro de la vía pasaban las chumberas, con sus hojas carnosas y planas, los eucaliptus bienhechores, los álamos cimbreantes, gallardos como los mástiles de un bergantín en alta mar, las palmeras tristes, evocando la jarifa silueta de los árabes nómadas, y las robustas pitas montanas, dominando la cresta de los repechos, dirigiendo hacia el horizonte el acerado aguijón de sus hojas inmóviles; algunos toros que pastaban en las hondonadas del terreno, azotándose los flancos con la cola, miraban al tren levantando sus cabezas tranquilas; sobre el valle y á gran altura volaban los gavilanes, sosteniendose en el paracaídas de sus alas abiertas, mostrando sus pechugas plateadas por el sol del amanecer.

No bien llegué á Sevilla corrí hacia el parador de donde me dijeron salían las diligencias para mi pueblo: todo mi equipaje era un saquito de mano; iba vestida sencillamente, con una falda lisa de paño gris y un sombrerito muy francés; los macarenos me examinaban atentamente, curiosos y burlones, creyéndome extranjera. Después, mientras la diligencia rodaba por un camino polvoriento que serpeaba siguiendo los cimbreos del Guadalquivir, yo, desoyendo la conversación pintoresca de mis compañeros de viaje, abría la boca y los ojos á la frescura y á los colores del cuadro, queriendo revivir de golpe todas las buenas impresiones, ya casi olvidadas, de los viejos días. A uno y otro lado del camino se ensanchaban los trigales salpicados de amapolas, y passim grupos de copudos árboles pintaban sobre el añil del espacio vigorosos brochazos verdes; aquí y allá blanqueaban algunas casitas con sus huertecillos circuídos por bardales de hostiles chumberas; aquel flujo de impresiones semiconocidas, aturdía mi ánimo sin provocar el fenómeno de la verdadera evocación; no obstante, la memoria iba despertando: una chimenea, no sé por qué, me causó la impresión agradable de un rostro conocido; una noria, alrededor de la cual caminaba un borriquillo vendado con un pañuelo blanco, me trajo al magín el recuerdo de la mañana en que, siendo todavía muy niña, rompí un vestidito nuevo por coger un nido de gorriones.

Los cuartagos de la diligencia trotaron vigorosamente durante dos horas, agitando sus cabezas sudorosas con un alegre repique de cascabeles. Mis compañeros de viaje cantaban y vaciaban sus botas de vino; yo permanecía inmóvil, contemplando las primeras casas del pueblo que aparecía á la derecha, entre el camino y el río: mis remembranzas no se precisaban aún; aquello era un hacinamiento de tejados y de paredes blancas semejante al de otros villorrios andaluces ó castellanos, que yo conocía: únicamente la iglesia, con su vieja techumbre puntiaguda, bajo cuyo alero las abejas, desde tiempo inmemorial, establecieron una colmena, salió al encuentro de mi alma, formulando el «¿te acuerdas?...» dulce y melancólico, conque los viejos amigos, reunidos de improviso, se saludan.

A un lado del camino, junto al parador donde las diligencias se detienen para cambiar de ganado, estaban mi madre y mi hermana, mirándome atónitas, boquiabiertas y pálidas, sin decidirse á reconocerme bajo mi sombrerito exótico. Yo salté del vehículo y corrí hacia ellas lanzando un grito jubiloso.

—¡Hija mía!

—¡Isabel!...

—¡Madre; madre!... ¡Hermana de mi alma!...

Nos abrazamos fuertemente: ellas me estrechaban por la cintura; yo, que era mucho más alta, las oprimía contra mi seno, como queriendo meter dentro de mi corazón aquellas dos cabezas, una blanca, otra morena, que tanto habían pensado en mí. Permanecimos así largo rato, sin hablar, separándonos un poco de cuando en cuando, para volver inmediatamente á abrazarnos mejor: al principio los ojos, cohibidos por su misma emoción, estuvieron secos; después lloraron á cántaros y nuestros pechos, convulsionados por la alegría presente y el dolor del recuerdo, hiparon superpuestos y cosidos. Hubo momentos en que todo, mesón, árboles, campo, cielo, desapareció para nosotras: cuando volvimos en nuestro acuerdo, la diligencia que me dejó allí, había reanudado su camino y rodaba muy lejos.

Mi madre preguntó:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO